

entraron las de unas poblaciones con otras; y fué lo que mas hizo progresar la industria y el trabajo entre gentes que poco antes vivian entregadas á la ociosidad; y no solo se desterró este vicio, sino que se sustituyó la laboriosidad, porque entrando ya el gusto de lucirse en sus fiestas y reuniones, principalmente las mujeres, procuraban aumentar los medios de adquirir los mas lujosos atavios para presentarse en esas ocasiones.

El ejemplo se propagó en todas las poblaciones y entónces ya no hubo que hacer mas esfuerzos. La apertura de los caminos, la navegacion de los caños y ciénagas, les facilitaba el espendio de todos sus frutos y producciones en Cartagena; y esta ciudad se hallaba siempre abundosa de cuanto se necesitaba en punto á bastimentos; lo mismo que las minas de Cáceres, Zaragoza, Loba, Soledad, Ayapel y en el mucho consumo de las de Antioquia, Citará, Chocó y otras provincias.

Antes de fundarse las poblaciones eran muy pocos los que transitaban por aquellas comarcas, por carecer de caminos y promediar la montaña de María que se creia inaccesible y por lo tanto los que se veian precisados á pasar de aquellas partes á la provincia de Cartagena, no embarcándose en Tolú ó en algun otro puerto de aquella costa, tenian que hacer un rodeo de muchos dias por malisimos caminos cortados por multitud de pequeños rios de pasos peligrosos. Para evitar estos trabajos y facilitar el comercio interior y exterior, tomó el capitán Latorre la resolucion, que entónces se tuvo por imposible, de abrir el camino que atraviesa la montaña de María, en estension de muchas leguas, con el fin de dar comunicacion á las sabanas ó praderas llamadas de Tolú.

Con perseverancia y maña venció Latorre los muchos obstáculos y dificultades que se le presentaron, ya por parte de un palenque de negros llamado de San Basilio, ya por la suma aspereza de la montaña, cuyos gigantescos y tupidos árboles no permitian la entrada de los rayos del sol. Los negros del palenque eran descendientes de antiguos simarrones prófugos de las haciendas de sus amos, y que despues de haber defendido allí su libertad á costa de muchas vidas de los que habian ido á capturarlos, se hallaban establecidos como colonia independiente bajo el mando de un capitán. Latorre consiguió, por medio de capitulaciones, que se poblasen en el sitio que les designó en la falda de la montaña. Uno de los artículos de la capitulacion fué que se les habia de permitir siempre elegir un capitán de entre ellos para que los gobernase. Otro fué, que no habia de vivir en el poblado ningun blanco, á escepcion del cura.

Ayudado por estos negros fué que empezó la apertura del camino que facilitaba la comunicacion de Cartagena con las sabanas de Tolú. Entrado en la montaña, tuvo que caminar á pié y errante por muchos dias, venciendo asperezas y precipicios hasta que consiguió hallar salida á la parte que deseaba.

En esa montaña se fundaron las poblaciones de San Cayetano, de San Juan Nepomuceno, de San Jacinto, de San Francisco de Asís, todas ellas con 2,657 almas. Y para que estas poblaciones tuvieran comunicacion con el río Magdalena, se fundó otra pequeña con diez y nueve familias, bajo el nombre de San Agustín de playa blanca, que se situó frente á la villa de Tenerife de la provincia de Santamarta. Las familias para fundar estas poblaciones se sacaron de los infinitos dispersos de la jurisdiccion de San Benito Abad; los cuales, dedicados á las labranzas y crias de ganados, bien pronto pudieron levantar sus iglesias, que paramentadas regularmente se proveyeron de párrocos.

Establecidas así estas poblaciones y abiertos muchos caminos para la comunicacion del Magdalena y el Cauca, se fundó la poblacion de Tacaloa, donde se reunieron 287 vecinos con sus familias. Esta poblacion servia de escala á los que comerciaban con las minas de Nechí, Zaragoza, Guamoco y Cáceres; y á los que por esa via pasaban á la provincia de Antioquia. Por aquella misma parte y á orillas del río de San Jorge se fundó la poblacion de San Sebastián de Madrid con 593 almas. Mas arriba se fundó la del Retiro. Se fundó tambien á orillas de dicho río la poblacion de Tacasaluma, donde se juntaron 597 almas. Las gentes con que se formaron estas poblaciones, aunque feligrosos de dichas parroquias, lo eran en el nombre, porque tales parroquias no existian, no habiendo párrocos, y viviendo todos dispersos y sin orden, en rancherías diseminadas entre el monte y á grandes distancias de lo que llamaban parroquias. Estas gentes entregadas á la ociosidad la mayor parte del tiempo, no tenian mas industria que las sacas de aguardiente de palma que vendian de contrabando entre los trabajadores de las minas.

Para dar comunicacion por tierra desde la villa de Santiago de Tolú á las poblaciones de las orillas del Sinú, se fundó, á cinco leguas de esta y una del mar, la poblacion de Santero, donde el capitán Latorre, con su genial paciencia é incansable celo, recogió á todos los dispersos de aquellas costas, estableciendo noventa y ocho familias con 488 almas. Se fundaron otras varias poblaciones en las inmediaciones de San Antonio Abad; como fueron las de Sincelejo, San Rafael de Chinú, de San Juan de Sagahum y San Pedro de Pichoroy. Y por dar comunicacion á estas poblaciones con las del río Sinú, se abrió un camino de muchas leguas por la montaña de Palmito.

Despues de arregladas estas poblaciones pasó el capitán Latorre al río Sinú, y á cuatro leguas del sitio en donde los indios del Darien habian cometido tantos robos y asesinatos, fundó la poblacion de San Bernardo Abad, donde pudo reunir 1,368 almas, que derramadas por las márgenes del río y orillas de los muchos caños y ciénagas de aquellos anegadizos y manglares, vivian distantes muchas leguas de sus parroquias, privadas absolutamente de los auxilios espirituales y de las ventajas de la sociedad; sin union entre sí, y por cuya causa sufrían tantos daños de los indios del Darien. Esta poblacion sirvió para contener las depredaciones de esos bárbaros, y de grande utilidad para los que navegaban por aquel río, por ser escala donde se detenian los que salian al mar para seguir á Cartagena. La parroquia de Santa Cruz de Lorica era la única que contaba con un corto vecindario regularizado; á esta agregó Latorre un crecido número de familias.

En la isla de Sabe, formada por dos caños, fundó la poblacion de San Pelayo con 276 familias. A tres leguas de Lorica fundó la nueva poblacion de la Purísima Concepcion, con 306 familias. El capitán Latorre hace una advertencia curiosa y que el lector debe oír de su boca para que le dé el crédito que quiera. Dice así:

“Para evitar la disonancia que puede causar que un corto número de familias componga tan crecido número de almas, se ha de advertir que “ademas de ser muy fecundas las mujeres, es muy comun parir dos y “tres criaturas en un parto, y alguna hubo de cinco, como se vió en el “primer parto que tuvo la mujer del cabo de justicia de la poblacion de “San Cristóval, que todas recibieron el agua del bautismo y le quedaron

“tres. La dispersion y soledad á que estaban habituados; el ningun recato y mucha disolucion con que se juntaban para los bundes y bailes ó borracheras; el no tener por defecto para casarse haber parido ántes tres ó cuatro veces, era causa para que un padre con tres ó cuatro hijas, sin haberse casado ninguna, se hallase con doce ó catorce nietos, como sucedió entre otras muchas á la vieja Rivero, que con solo tres hijas, que no fueron casadas, juntó treinta y dos de familia.”

Parece que esto envuelve contradicción, porque la disolucion no aumenta la poblacion sino que la perjudica; pero no la hay, si se atiende á que, teniendo tantos hijos sin casarse, la prole iba quedando en una sola familia, mientras que casándose, se dividiria en varias familias. Es decir que habria ménos gente en cada familia; pero habria mas familias.

Despues de nueve años de trabajo en esta comision y de reunir en poblaciones bien organizadas 41,133 almas, el capitán Latorre formó su plano de todo lo que comprendian aquellos territorios, y un informe sobre la facilidad que habia para dar comunicacion por el río Sinú ó por el Atrato á las provincias de Zitará, Chocó y Antioquia, y de estas á otras del reino; é igualmente sobre la manera de ocupar las tierras de los indios del Darien, para la seguridad del tráfico y comercio por el río Atrato y con ménos costo del que para contener aquellos indios hacia la real hacienda. Este plano é informe fueron presentados al gobernador de Cartagena, quien los presentó al virey, con cuya aprobacion se imprimió el plano en Madrid por el geógrafo don Tomas López.

Encargado Latorre de la apertura de dicho camino, resolvió hacer el reconocimiento del río Atrato, y tomando dos embarcaciones pequeñas de las que navegan en el Sinú y que conducen viveres á Cartagena, las tripuló con 18 hombres y 5 soldados y algunos bastimentos, con lo cual salió al mar y sin práctico alguno tomó rumbo para el golfo del Darien. Atravesando por frente de los puertos que en él tenian los indios, reconoció las bocas del Atrato, y entró por una de ellas el día de san Pedro y san Pablo.

Luego que se impuso en la vigia acerca del camino que debia seguir por tierra, hizo regresar para San Bernardo las embarcaciones con los marineros y pasando al real de las minas de Pabarando, tomó seis indios, un negro y un mestizo, y provisto de los viveres necesarios, siguió por una de aquellas montañas dirigiéndose á la cumbre; mas habiendo llegado á cierto grado de elevation, la gente se resistió á seguir por el excesivo frío que experimentaban, por lo que tuvo que descender hasta la quebrada de Tumarador, siguiendo hasta el río Verde, con propósito de hacer allí dos balsas para bajar embarcados; pero eran tan pocas sus aguas que no fué posible la navegacion. Sin embargo, las dos balsas se hicieron con la esperanza de que si llovía, como era probable, el río crecería y podrían embarcarse. No se hizo esperar mucho el agua, porque en esa misma noche se desgajó tan fuerte aguacero, que á breve rato el río estaba crecidísimo y el agua montaba sobre los barrancos, en términos de desalojarlos corriendo del que habian elegido para poner sus toldos de dormir.

Apénas empezó á aclarar el día, se proveyeron de bejucos para amarrarse donde fuera necesario, y metiéndose en las balsas con sus petates y viveres se largaron agua abajo llenos de alegría, cuando un gran ruido de aguas los puso en el mayor cuidado. A pocas vueltas de las barrancas comprendieron que iban á descender por un raudal impetuoso, y no tuvieron mas recurso que amarrarse contra el asiento de las balsas y encomen-

darse á Dios, cuando llegaron al descenso, donde agachando la parte delantera la primera, descendió por el torrente dando en un gran remolino, de donde los sacó la balsa, que á no haberse amarrado lo habrian pasado mal.

La otra balsa por fortuna se habia mantenido enredada en las ramas de un grande árbol que habia caído esa noche con la creciente, y esto les valió para no perderse, si las dos balsas zabullen una tras otra; mas á un momento, la corriente la desprendió para hacer la misma zabullida de la primera. No sabian cómo dar gracias á Dios por haber salido de aquel peligro. Libres ya de sustos por ser ménos la violencia de la corriente y las laderas mas bajas y accesibles, conocieron que habian salido del terreno mas quebrado y montañoso. Siguiendo la navegacion, al cabo de algunas horas se unieron estas aguas con las del río Sució que baja de las montañas de Guriticá en la provincia de Antioquia. Allí pierden uno y otro río su nombre para tomar el de Sinú. Desde aquí siguieron ya con conocimiento del terreno, por haber llegado hasta estos puntos el capitán Latorre en su primera exploracion, y se dirigieron hácia la quebrada de Nay, con la esperanza de encontrar por aquella parte el camino que buscaban. A poco rato atracaron en dicha quebrada, pero como en las balsas no podian navegar contra la corriente para entrar por ella á tomar el camino que necesitaban seguir, tuvieron que abandonarlas y saltando á tierra atravesar la quebrada cogidos todos de las manos formando cadena, con el agua al pecho, yendo á la cabeza un indio práctico apoyándose en una lanza, y con mucho peligro por lo rápido de la corriente. Puestos del otro lado, caminaron hasta un sitio abierto entre el monte donde pasaron la noche, rodeados de candeladas para librarse de los tigres que bramaban por todas partes.

Al otro día mandó Latorre al mestizo con dos indios y dos soldados, para que siguiendo por la trocha que habian hecho ántes, caminaran hasta hallar terreno de la jurisdiccion de Zitará. Intertanto permanecieron en aquel sitio manteniéndose con frutas silvestres y alguna caza de loros y monos; porque los soldados no habian dejado perder sus fusiles en la zabullida del río y habian tenido cuidado de secar la pólvora de sus cartucheras. A los dos días volvieron los exploradores con dos indios de Pabarandon, trayendo la noticia de que al fin de la trocha, como á un cuarto de legua, habian encontrado las veredas que tenian abiertas estos indios para sus monterías.

Con esto se pusieron en marcha para Pabarandon, guiados por los indios de este lugar. De aquí siguieron á la poblacion de San Jerónimo, á donde llegaron á los tres días; y de aquí, por camino de tierra, fueron á Cartagena, en donde encontró el capitán Latorre al virey Flóres, que habia bajado de Santafe con motivo de la guerra con los ingleses, á quien presentó sus planos y el diario de su expedicion con todos los informes que se deseaban tener sobre el río Atrato.

A este tiempo se tuvo una junta para acordar medidas sobre la guerra; y el virey, el gobernador don Juan Pimienta, el intendente don Pedro Fernández de la Madrid y los oficiales reales acordaron encargar al capitán Latorre el abasto de viveres para la fuerza armada de mar y tierra. En esta ocasion se reconocieron las grandes ventajas que se habian obtenido con la fundacion de tantas poblaciones bien organizadas y aplicadas á la agricultura y cria de ganados, resultado de los trabajos del capitán Latorre en desempeño de la comision que se le habia dado siete años ántes por el gobernador de Cartagena. Los viveres se obtuvieron en grande

abundancia y se conducian á la plaza con suma facilidad por los muchos caños que se habian hecho navegables y tantos caminos como se habian abierto al comercio de todas esas poblaciones.

En la relacion del capitán Latorre se encuentra el itinerario del camino que hacian los comerciantes, desde la plaza de Cartagena hasta la ciudad de Quibdó, capital de la provincia del Zitará; días que tardaban en el viaje y costos de la conduccion de 50 cargas de mercancías. Este itinerario, comparado con el que se hacia despues del reconocimiento del Atrato y apertura de las nuevas vías de comunicacion, da por resultado un grande ahorro de tiempo, de peligros y de gastos para el comercio.

Se gastaban anteriormente desde Cartagena á Quibdó 87 días. Estos se redujeron por el nuevo itinerario á 24. En la conduccion de 50 cargas se costeaban 3,806 pesos 6 reales. El costo vino á reducirse tanto que la conduccion de 160 cargas se hacia con 504 pesos. Y todas aquellas mejoras no habian costado al real tesoro sino únicamente las raciones suministradas á los bogas, peones y prácticos; escoltas y bagajes, no ganando mas el jefe de la comision que un sueldo de 32 pesos mensuales, y 6,000 que se libraron para pagar varias acreencias que habia contraído en tantos trabajos como habia emprendido y llevado al cabo con tan corta cantidad.

Despues de estas dos últimas comisiones encargadas al capitán Latorre, tuvo la del reconocimiento del camino de tierra hasta el puerto de Macuco en el rio Meta; y la de este y el Orinoco hasta el presidio de la antigua Guayana y sus desagües en el mar, con el fin de observar los puestos ventajosos, islas, raudales, arrecifes, peñones y los puntos por donde los extranjeros pudieran intentar la subida del rio; y los parajes donde se pudiera poblar para fomentar la agricultura y aprovechamiento de las especiales é infinitas producciones naturales de aquellos fértiles y dilatados desiertos en beneficio de sus habitantes y del comercio.

Cumplida esta comision vino por los Llanos de Casanare y los páramos de Chita á Tunja, y de aqui á Santafe. Aun no habia acabado de dar cuenta de su comision cuando se le encargó el reconocimiento del valle de Fusagasugá, las montañas de Valunda, Incononzo, Garzapatas, Cunday y Sumapaz, en donde, ademas de doscientas especiales producciones de distintas temperaturas, encontró considerable porcion de árboles de quina tan buena, segun el doctor Mútis y otros inteligentes, como la mejor de las conocidas.

Antes que Latorre hubiera podido dar cuenta de esta comision, recibió el arzobispo virey la noticia del destrozo hecho por los indios del Darien en la nueva poblacion de San Jerónimo de Buenavista, la última y mas avanzada que Latorre habia fundado á orillas del rio Sinú. Con este motivo se le ordenó que, ademas de los informes que desde 1778 habia presentado para la fácil ocupacion del Darien y reduccion de aquellos indios, propusiese los medios que, en vista de las circunstancias, creyera mas convenientes para conseguirlo. En cumplimiento de esta orden, Latorre presentó al señor Góngora un proyecto que la junta de tribunales prefirió á los que habian presentado los gobernadores de Cartagena, Santamarta, Portobelo y Real de Santamaria, nombrándolo comandante de la expedicion, lo cual aprobó el arzobispo virey; mas no tuvo efecto este nombramiento por haberse enfermado gravemente el capitán Latorre á consecuencia de tantos trabajos como habia soportado en diez años de penalidades y maltratamientos en temperamentos mortíferos, sin los recursos necesarios y con la mas grande abnegacion.

A este tiempo vino real orden al arzobispo virey para que de cualquier modo se ocupase la costa del Darien; pero sin prometer tropa ni dinero, y ántes por el contrario se trataba de retirar la marina real y se suspendia la remesa del situado de la Habana; y esto cuando las cajas reales habian quedado exhaustas con los pasados preparativos de guerra con los ingleses, y finalmente, cuando se acababan de desembolsar, no en papeles sino en pura plata, 889,433 pesos para pagar la deuda contraída con el comercio de Cartagena.

En estas circunstancias el señor Góngora tomó informes para ver de qué arbitrios se podia echar mano para cumplir las reales órdenes, y con tal objeto bajó á Cartagena queriendo entender de cerca en el negocio. Allí tomó todas sus disposiciones y habiéndose procurado los recursos necesarios, armó una expedicion que puso al mando del mariscal Arévalo, la cual marchó en enero de 1785, y ocupó á Caiman, Mandinga y la Concepcion; pero como aun faltaba Calidonia, se le mandó mas gente á los seis meses y sin resistencia se ocupó, dándole el nombre de *Carolina del Darien*.

Se procedió luego á fundar una poblacion por la parte del sur en Puerto Príncipe, y por la del norte se hicieron los desmontes y se construyeron casas y fuertes para defenderse de las invasiones de los indios. Entónces se recibió la providencia del gobierno británico para el gobernador de Jamaica, en que se le prohibia auxiliar de modo alguno á los indios del Darien; providencia bastante eficaz para desalentarlos, pues á pocos días vino á Cartagena el *Lere* ó gran sacerdote de Mundigalla á prestar juramento de fidelidad ante el arzobispo virey, á nombre de ocho pueblos, sobre los cuales tenia jurisdiccion. Todo presentaba favorable aspecto; pero bien pronto volvieron los indios á sus traiciones y atacaron el fuerte de Carolina, de donde fueron rechazados.

Discurrióse el arbitrio de persuadirlos á la paz y obediencia al gobierno español por medio de un inglés llamado Henrique Hooper, que hacia veinte años comunicaba con ellos, entendia el idioma perfectamente y era hombre bueno. Hecho cargo de la comision, persuadió al cacique general Bernardo, que era mirado entre ellos con veneracion, para que con cinco capitanes pasase á Cartagena á sentar capitulaciones de paz con el arzobispo virey, lo que se verificó en 21 de julio de 1787, en que reconocieron por sí y á nombre de los demas la autoridad y dominio del rey de España, conviniendo en otros artículos relativos á la prohibicion de trato con los ingleses y que no tuvieran gente armada sino con hachas y machetes para sus rozas; ni que tampoco tomaran venganza de los agravios que se les hiciesen por alguno, sino que ocurriesen con sus quejas á la autoridad del establecimiento.

Así logró el arzobispo virey establecer algun sistema de orden con regularidad entre los bárbaros del Darien, cuya reduccion, emprendida con tantos recursos hacia cien años, no se habia podido conseguir. El señor Góngora consiguió poner las cosas en este estado, cuando el real tesoro estaba exhausto y sin contar con otro auxilio de gente que con el regimiento de la Princesa y las milicias de Panamá y Cartagena. Pero no creyendo que el Darien quedaria establemente sujeto por estos medios, sino que era preciso echar mano del sistema de colonizacion, trató de traer familias norte-americanas; pero hubo de suspenderse la ejecucion de este plan por aguardar á que se disipasen las fiebres ocasionadas por los desmontes que se habian emprendido, y que tanto estrago habian hecho en la guarnicion. En este pié estaban los negocios de esa parte tan intere-

sante de la Nueva Granada, cuando el señor Góngora dejó el vireinato. Es probable que si hubiera continuado por algunos años mas, las misiones habrían seguido á la colonización y la religion habria completado la obra social y civilizadora de aquellos bárbaros que con tantas riquezas naturales solo se habian empleado en asesinar, instigados por los ingleses y holandeses, así como los franceses y holandeses habian instigado i pervertido á los caribes en el Orinoco. (1)

Las misiones de Andaquies, estaban recomendadas por real cédula de 1756 á los padres franciscanos de Popayan, los cuales tenían á su cargo las del Caquetá y Putumayo. Al principio adelantaron poco por la inconstancia de los indios que les abandonaban las poblaciones, despues de fundadas con gran trabajo, llevándose las herramientas, géneros y demas dádivas con que procuraban atraerlos, corriendo muchas veces peligro la vida de los misioneros en estas retiradas.

Impuesto el gobierno de estos acontecimientos, dió convenientes disposiciones para fijar la inconstancia de los indios y procurar seguridad á los misioneros. Una de ellas fué nombrar un cabo con venticuatro soldados para que los distribuyese á su arbitrio segun la necesidad, porque de esta

(1) Oigamos lo que sobre esto dice un escritor bien impuesto de los hechos. "¿Y quién podrá decir los excesos horrendos cometidos en tantos años por unos y otros? Los franceses y holandeses con los caribes mataron á un venerable obispo frances que estimulado de un apostólico celo, habia venido de la Francia á Orinoco, con breve pontificio y habia ya hecho una pequeña poblacion de los indios aruacos. Entraron á mano armada en la reduccion, mataron al obispo, á su criado y á muchos indios: profanaron los sagrados ornamentos, el cáliz, patena, imágenes y el santo crucifijo. Se lo llevaron todo, ni se pudo recobrar otra cosa despues, que algunas reliquias y el santo Cristo. Poco despues entraron en una reduccion de otros indios fundada por el venerable padre fray Andres López, digno hijo de san Francisco de Asis: quemaron las casas: mataron cuantos indios pudieron: martirizaron y quitaron la vida con tormentos cruellísimos al padre, y azado á fuego lento y despellejado como san Bartolomé, se lo comieron á pedazos los caribes, porque no llegó á creer que la barbaridad de los europeos llegara á tal punto. Pero si asistian éstos á tales insultos. Se veian en estas ocasiones los europeos mezclados con los caribes, hechos bárbaros entre bárbaros; unas veces vestidos á la francesa y holandesa; otras, á la caribe; y otras, desnudos, holandeses y franceses entre los indios, pintados con achiote de colorado y con plumas en la cabeza.....Lo peor de todo es que, para conservar á los caribes en su amistad y comercio los imbuian bien los holandeses y franceses en sus máximas impías y sacrílegas. Les aprobaban el tener muchas mujeres y concubinas cuantas quisieran: aplaudian sus francachelas y borracheras: les aconsejaban que no se cuidaran de leyes ni de religion: que viviera cada uno á su libertad; y sobre todo, que miraran bien lo que hacian, porque si á persuasion de los misioneros llegaban á sujetarse á los reyes de España y á la soberanía española estaban perdidos; y así, que si amaban su propia libertad y felicidad, no habian jamas de dar oídos á los engaños y palabras de aquellos que venian de Orinoco vestidos de largo y con corona en la cabeza, para hacerlos cristianos y vasallos del rey de España. En suma, procuraban aquellos extrangeros, como hombres que eran sin fe ni religion, infundir en los caribes un odio implacable contra la fe católica; con mil calumnias é invenciones propias de un espíritu herético; y en efecto, de tan perversas máximas hallaron infectas casi todas las naciones de aquella parte del Orinoco los misioneros que en el año de 1728 entraron á trabajar en aquella viña..... El señor Felipe V, no ménos celoso del bien de la religion que del bien de sus vasallos, amparó aquellas pobres naciones americanas, dió sabias providencias para atajar tantos desórdenes. Mandó S. M. por los años de 1730 de gobernador de la Guayana á don Carlos de Sucre (abuelo del gran mariscal de Ayacucho), valiente soldado y honradísimo flamenco, acabadas las guerras de principios de este siglo; y al mismo tiempo misioneros, para que á una y otra mano se precaviesen extrangeras insolencias y se proveyera á la quietud, alivio y bien espiritual de aquellas naciones. Tocó al insigne padre Manuel Roman, bien conocido por el descubrimiento de la comunicacion del rio Orinoco con el Marañon, la suerte de ir á servir á S. M. á Orinoco; y á su jefe don Carlos de Sucre hácia la Guayana."

manera se habia conseguido la estabilidad de cinco pueblos fundados entre las márgenes de los rios Fragua y Pescado, los cuales eran habitados por innumerables indios. Estas nuevas reducciones proporcionaron á los misioneros el descubrimiento de un paso mucho mas corto que los antiguos para sus principales misiones en el Caquetá y Putumayo; este era por el Pueblo de San Francisco Javier de la Ceja, que servia de escala para unas y otras. En el Putumayo i el Caquetá tenían los misioneros establecidas de ocho á diez poblaciones, lo que da una idea bien triste del progreso de la civilizacion del pais viendo perdidos esos adelantos al cabo de un siglo, tiempo en que debian estar ya poblados todos esos inmensos y fértiles territorios y sus naturales haciendo parte del rebaño de Jesucristo y de la sociedad política.

Los misioneros Franciscanos de la *propaganda fide* hacian grandes esfuerzos para convertir á la fe las inmensas tribus esparcidas por aquellos vastos territorios; pero nunca ha dejado de haber quienes por un interes particular hagan una guerra sordida á los misioneros. En tiempos anteriores á los de que vamos hablando, se quitó á los religiosos el pueblo de la Ceja para dárselo á un clérigo á quien pedian con empeño los indios; mas luego que se echó de ver que esto no era mas que una intriga de sujetos desafectos á los regulares para embarazarles el paso á las demas naciones, se les restituyó, porque este pueblo era paso preciso para las misiones del Caquetá y el Putumayo; porque los antiguos caminos de Almaguer y Suecumbios se habian abandonado por dilatados y escabrosos. El de Pasto no se habia tenido por conveniente, y el de Sabandijera quedaba muy estraviado despues de que por real cédula de 17 de abril de 1756 se trasladó el colegio franciscano, de la ciudad de Pasto á la de Popayan, cuya disposicion, aunque facilitaba no solo la reduccion de los andaquies, y por medio de estos la de los habitantes de los márgenes del Oteguesa, Caquetá y Macaya, hacia sin embargo mas difícil la entrada en el Putumayo, cuyas márgenes estaban y están hasta hoy habitadas por innumerables naciones indijenas, sobre las cuales informando al arzobispo verey el padre comisario de las misiones, decia, se podian emplear con fruto veinticinco misioneros, estableciendo otro colegio de misiones en la ciudad de Pasto, por cuanto á que habia ocurrido al presidente uno de los indios principales á pedirle misioneros.

El doctor Plaza, que hace á los jesuitas los elogios que justamente se merecen como misioneros, al hablar de los padres franciscanos misioneros de los andaquies, se desvia del camino de la justicia y los maltrata diciendo que "la indolencia de los religiosos del convento de Popayan, *malamente* "titulado de *propaganda fide*, habia sido causa de que esas reducciones marcharan con una lentitud indecible." Decimos que en esto se ha separado el historiador del camino de la justicia, porque tomando toda esta parte de la historia de la relacion del arzobispo verey, que habla de los franciscanos en términos honrosos, sin atribuir á culpa suya los pocos adelantos que en el principio se habian conseguido en la mision, el doctor Plaza atribuía esto á su indolencia, hiriéndolos con un sarcasmo en su denominacion.

Relativamente á las vias de comunicacion, el arzobispo verey, con mas tiempo, habria hecho mejoras de mucha importancia. Ya hemos hablado de la comision científica que habia sido encargada del reconocimiento de los caminos desde Santafé hasta los rios Meta y Orinoco. Don Antonio de Latorre, capitán de infanteria de los reales ejércitos, jefe de esta comision,

presentó al gobierno en 1782 una memoria de sus observaciones en la expedición que había hecho.

También se trataba de poner en comunicación los ríos de San Juan y Atrato del Chocó. Por la comisión nombrada á este efecto se informó que el río de San Juan que desagua en el mar del Sur y el Quito que entra en el Atlántico solo están divididos por un istmo cuya parte más estrecha llaman Bocachica. "Por este estrecho, decía el arzobispo virey en su relación, se debe hacer la comunicación, y efectivamente un eclesiástico con el fin de beneficiar sus minas, (1) abrió un canal de comunicación dando pendiente á las aguas de la quebrada Rapadura y haciéndolas entrar en el río de San Juan, quedando dicha quebrada con esta operación dividida en dos brazos, el uno que tenía por su naturaleza que incorporándose con la quebrada de San Pablo entra en el río de Quito, y dijo desaguaba en el Atrato y el otro la canal abierta que comunica al de San Juan. Pero se ha encontrado el defecto de no poderse aumentar las aguas de la citada canal en términos que se haga navegable para embarcaciones regulares, aunque se le incorporen las quebradas de Quiadorito, Platinita y Quiado que únicamente le están superiores; Antonio Pesca, vecino de aquella provincia y gran práctico (porque por pura práctica se ejecutan allí las operaciones hidráulicas,) es de parecer que también lo son las de Aguaclara, el Caliche y otros de aquellas inmediaciones con las que se congregarian las aguas necesarias para la navegación de barcos capaces de una regular carga, y el mismo se ofrecía á ejecutarlo en un año con el auxilio de cien peones."

Este trozo de la relación de mando del arzobispo virey hará conocer que sus ideas eran de verdadera utilidad para el progreso material del país; y que no era de esos teóricos que componen las vías de comunicación en el papel, cuando no se puede andar por ellas. (2) Este virey fué sin duda el que con más interés é inteligencia trató de las mejoras del país; y esto se acabará de confirmar al ver lo que hizo por la educación pública y cultivo de las ciencias.

Por este mismo tiempo se gloriaba Cartagena de tener un prelado de grandes cualidades, don fray José Díaz de la Madrid, religioso franciscano natural de la ciudad de Quito, que tomó posesión del obispado en 1778. "Este obispo, dice un escritor de Cartagena, es el que ha dejado más recuerdos de su piedad cristiana. Era sabio, modesto, tenía todas las virtudes de un pastor solícito por la salud de su grey, y no se diferenciaba de los apóstoles más que en los vestidos pontificales, siendo hasta en ellos muy llano. Visitó sus ovejas, protegió la erección de algunas parroquias y celebró sínodo diocesano. Consagró la iglesia catedral; la adquirió un magnífico púlpito de mármol; la enlosó de jaspes y le hizo varias donaciones de alhajas de valor, entre ellas una rica y hermosa custodia de oro y piedras preciosas, que costó muchos miles de pesos.

(1) Este eclesiástico era sin duda de aquellos á quienes aludía el doctor don Basilio Vicente de Oviedo, cuando decía hablando de ciertos lugares donde había indios que deseaban tener curas y no los encontraban: "¡Oh qué lástima! Si fueran mineras de oro, ó estancos que se hubieran dado." Véase el tomo 1.º pág. 445.

(2) A propósito de esto. Se acababa de publicar en la Gaceta un artículo en que el gobierno hacía saber al público las medidas que se habían tomado para la mejora de los caminos (por supuesto que fué ahora en la patria); era tiempo lluvioso y el camino para Funza estaba pésimo. Llegaron á un mal paso dos amigos, y perplejo el uno por donde debía meter el caballo, le dijo al otro: "eche por donde dice la Gaceta."

"Mantuvo la disciplina eclesiástica con toda la severidad de los sagrados cánones. Pero el monumento que ha perpetuado más su memoria es el hospital de caridad para mugeres pobres, titulado *obra pia*, que reedificó y enriqueció con las rentas de la mitra, agregándole una cuna para niños expósitos, que han transmitido su apelativo hasta nuestros días; y los que lo llevan lo dilatarán en la posteridad como un homenaje que lleva tras de sí el grato recuerdo del pastor cuidadoso. Como una prueba de distinción se conserva su retrato, de cuerpo entero, en una de las naves de la iglesia catedral, á la entrada de la sacristía. Este prelado fué promovido á la silla de Quito á los catorce años de servir la de Cartagena, es decir, el de 1792." (1)

El señor La Madrid contribuyó por su parte á la mejora de la reducción de los indios de Ayapel, cuyo negocio había quedado suspenso desde que dejó el vireinato el señor Góngora. Espeleta lo continuó auxiliado del señor La Madrid; pero sin éxito, como casi siempre sucedió en las misiones de la costa y sus adyacentes (véase el n.º 5.)

La cuestión de límites con el Brasil se agitaba desde tiempo del vireinato de don José Solís. Las dos coronas de España y Portugal nombraron cada una sus comisionados para pasar á los lugares disputados á verificar los arreglos por una y otra parte. La real expedición de límites por parte de la corte española trajo órdenes amplias para que el virey de Santafé la asistiese con los fondos que necesitase; pero infructuosamente, pues que en tiempo del arzobispo virey todavía la cuestión estaba por decidir. El comandante Requena, jefe de la expedición, daba parte al gobierno de todas sus operaciones y se le mandaban todos los auxilios, pero sin adelantar nada. Hablando sobre este asunto el arzobispo virey decía á su sucesor que desde la paz de 1777 se estaba tratando de la demarcación de límites de las dos potencias en el río Marañón; pero que á pesar de los esfuerzos empleados por parte de los agentes españoles para que los de la corte de Lisboa evacuaran las diligencias de su cargo y de comun acuerdo, conforme á los tratados y real orden instructiva de 6 de junio de 1781, en nada más habían pensado, después de ocho años de hallarse reunidas las dos comisiones en la villa de Egas, sino en oponer obstáculos y pretensiones infundadas, á fin de ganar tiempo para atraerse á los indios del río Tanaro, Zapura y Putumayo que debían quedar de parte de la España. Además, los portugueses acababan de poner embarazos en las bocas de este último río para estorbar el tráfico, suscitando enemigos y guerra á los indios reducidos por la España, lo cual tenían representado muchas veces los misioneros, avisando el grande tráfico de zarzaparrilla, quina, carey y otras infinitas producciones de aquellos lugares, al mismo tiempo que suscitaban embarazos y aun abierta persecución que dichos indios sufrían de los portugueses, dando títulos y autorizando hombres perversos y aun foragidos de las mismas provincias del vireinato, para aquellas extracciones y demas perversos designios. El arzobispo virey decía: "Yo no he podido, ni mis antecesores, hacer otra cosa que apoyar sus quejas y representaciones, manifestando el notorio abuso que hacen los comisionados portugueses, y el mismo capitán general del Gran Pará, de nuestra tolerancia, con gran perjuicio del real erario, consumiéndose en esta expedición gran parte de los productos de las cajas de Quito; y así nada convendría

(1) Geografía histórica &c. de la provincia de Cartagena, por Juan José Nieto. Año de 1839.

"mas que V. E. manifestase estos graves perjuicios, á fin de que la corte "obligase á la de Lisboa á concluir esta larguísima operacion."

El señor Góngora concluía manifestando la conveniencia de establecer en aquel territorio una gobernacion y fundar poblaciones para impedir el tráfico de los portugueses.

CAPÍTULO XXXV.

Interes del arzobispo virey por la instruccion pública—Arreglo de los colegios—El señor Góngora pretende quitar á los dominicanos la universidad para establecerla pública con estudios generales y científicos—Arreglo de la biblioteca pública—Interes del arzobispo virey por la educacion de las niñas—Primera visita del monasterio de la Enseñanza—Carácter de su fundadora y sus disposiciones testamentales—El obispo auxiliar del señor Góngora—Hospicio de pobres—La expedicion botánica fundada por el arzobispo virey—El doctor Múti, director de ella—El doctor Eloy Valenzuela, cura de Bucaramanga, segundo director—Matiz—Los dibujantes—Descubrimientos y trabajos científicos del instituto—Entusiasmo del arzobispo virey por estos progresos— Su correspondencia con la corte—Toma ésta el mayor interes en el asunto—Laboreo de las minas—Viene la compañía de mineros alemanes protestantes—Se les garantiza la libertad religiosa—El señor Góngora hace venir á D'Elhuyar—Trabajos científicos de este mineralogista—Terremoto de 1785—El arzobispo virey cede sus rentas de uno y otro cargo, para la reparacion de los edificios públicos—Incendio del palacio vireinal—El ingeniero Domingo Esquiaqui—Donaciones del señor Góngora á favor de los arzobispos y de la cofradia del SANTÍSIMO—El pigmeo Machado y su criado son enviados al rey.

Hemos recorrido desde el principio hasta el fin el período gubernativo del arzobispo virey bajo ciertos aspectos, ya en lo político y civil, ya en lo eclesiástico. Ahora vamos á verlo bajo puntos de vista demasiado interesantes. Tales son :

La educacion de la juventud ;

Las letras, y

Las ciencias propiamente dichas.

Indisputable es el mérito del arzobispo virey don Antonio Caballero y Góngora, sobre el de todos los demas jefes que ántes de él habian tenido el mando político del reino. Hombre de ideas elevadas, de gran talento y conocimientos superiores, comprendió bajo una sola mirada todo cuanto convenia hacer, crear y reformar, así en lo eclesiástico como en lo político y civil; y basta saber que los mismos escritores que por prevenciones apasionadas contra todo lo español y eclesiástico han tratado de menguar su mérito, no han podido ménos de confesar que á él debe la Nueva Granada el planteamiento de las ciencias y las medidas mas sábias y eficaces para el desarrollo y progreso de los intereses materiales del país.

La educacion de la juventud fué uno de los objetos que mas ocupó la atencion de este sabio magistrado. Segun se expresaba en la relacion de mando que dejó á su sucesor en el vireinato, la instruccion que la juventud recibia en los colegios de Santafe, por el plan de estudios que en estos regia, no estaba á la altura que correspondia; era inconveniente y defectuosa. "Lo principal, decia, y que ciertamente sirve de fundamento, á lo "demás, es la educacion de la juventud."

La administracion de las rentas de los colegios corría en un desarreglo completo, segun su modo de ver; y con el fin de establecer en esto un buen sistema, nombró visitadores que examinasen el estado en que se hallaban. Por lo pronto se hicieron algunos arreglos; pero conociendo que era negocio de consideracion conexas con la reforma que demandaba el plan de estudios, se reservó el tocar esta materia hasta tomar cier